



Calligo, Benchi: *La mala fama. El periodismo parapolicial y la banda de la frazada*, La Plata: Malisia, 2018, 136 páginas.

Matías González
LESyC (UNQ)

El libro de Benchi Calligo, *La mala fama. El periodismo parapolicial y la banda de la frazada*, nos acerca a la vida de un grupo de chicas y chicos de la calle, de entre 10 y 14 años de edad, que paraban en la plaza San Martín de la ciudad de La Plata y fueron conocidos bajo el mote de “la banda de la frazada”, según una denominación propia del discurso policial amplificada por los medios de comunicación. Si bien el trabajo de Benchi se inscribe en el marco de una investigación académica (resultado de su tesis de grado para la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata) ello no impide su importancia en términos de la acción y la defensa de los derechos humanos. El rescate de primera mano de las voces de los pibes y pibas y la mirada crítica sobre el accionar mediático y su performatividad punitiva lo transforman en un insumo potente y necesario de cara a los debates tanto en relación con las políticas de promoción de los derechos de la niñez y adolescencia como para la agenda de la seguridad democrática.

A pesar de ser muy joven, el autor no es ningún novato en la materia. Cuenta con una nutrida trayectoria en el trabajo social en el territorio platense con pibes en situación de vulnerabilidad. Organizador de ollas populares en las plazas platenses, miembro de la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez, tallerista del programa Jóvenes y Memoria y trabajador de la educación pública, todas estas experiencias nutren profundamente su obra, dotándola de una cercanía vital para comprender historias de vida tan complejas como las de los pibes de la

glorieta de la plaza San Martín. Con ese temperamento y esas herramientas, Calligo busca neutralizar la artillería estigmatizante de los medios de comunicación que hace rato priorizan el rol de voceros policiales por sobre la vocación por la investigación periodística.

En ese sentido, no es casual la caracterización de *periodismo parapolicial* que propone el autor. Sabido es que las fuerzas parapoliciales preparan el terreno al accionar represivo e incluso intervienen allí donde a la policía se le imponen ciertos límites. Coherente con ello, los medios platenses (en particular los diarios “El Día” y “Hoy”, los de mayor tirada en la ciudad y con fuerte influencia en medios provinciales y nacionales) cumplieron activamente ese rol. Para poner en evidencia esto, en el capítulo 1, Benchi echa luz sobre el tratamiento mediático que se dio a la ocupación del espacio público por parte de los pibes de la glorieta y la construcción sostenida de una *mala fama*, determinante en su visibilización pública, pero también—y sobre todo—en un temprano proceso de judicialización. Este pronto arrojó al circuito penal no se hubiera propiciado del mismo modo sin haber sido precedido por una fuerte demanda punitiva, en parte propia del contexto nacional, pero en este caso particular generada a partir de la construcción y difusión de marcas de estigma por parte de los medios locales y de ciertos actores como comerciantes y vecinos.

Así, el autor sistematiza y aborda diversas fuentes periodísticas para recomponer el recorrido por el cual la historia de estos pibes se fue transformando en un “producto noticiable”. De este modo, según releva, por el año 2008 comienzan a aparecer los primeros artículos que hablan de este grupo de menores como una banda peligrosa, dotada de una praxis criminal particular, con nombre y apellido: *la banda de la frazada*. Como bien señala el autor, la banda no existía como tal y no conformaban un grupo fijo ni con características homogéneas sino, por el contrario, solo un conjunto de niños con historias y derivas muy diversas a los que ningún actor institucional supo darles contención.

En este sentido, en el capítulo dos, a través del recorrido por las trayectorias de vida de algunos de los pibes mediante una serie de entrevistas y notas de campo, el análisis de los artículos periodísticos y del accionar policial, el autor recupera de primera mano las voces de los pibes que cuentan quiénes y cómo inventaron el nombre de “la banda de la frazada”, cómo se identificaron con él, si les jugó en contra o a favor, si lo tomaron como un estigma, como un emblema o ambas cosas a la vez.

Por último, el capítulo 3 transcurre a modo de crónica sobre la vida y el asesinato de Omar Cigarán. El autor nos cuenta la trayectoria de uno de los jóvenes que formó parte de la supuesta “banda de la frazada” que murió en manos de un policía en un confuso episodio de “gatillo fácil”. Omar fue un joven estigmatizado por los vecinos y hostigado permanentemente por la policía. Nos muestra de qué manera los procesos de etiquetamiento van cercando la vida cotidiana de los jóvenes, perfilando trayectorias institucionales que impactan negativamente en su vida y en la de su grupo.

Como en la alegoría de las cavernas, si nuestra única fuente de conocimiento es la del periodismo parapolicial y, en consonancia, la misma policía, nuestra lectura del mundo delictivo estará construida sobre sombras. Así, veremos espectros monstruosos donde solo hay pibes tratando de sobrevivir y “pasarla bien” aunque más no sea un rato. Por ello es importante la lectura de *La mala fama...* Partiendo de una crónica sobre las historias de los pibes y pibas de la plaza San Martín, Calligo logra construir un rotundo alegato contra el rol activo del periodismo en la criminalización de la juventud y la pobreza, pero también señalar los graves problemas que aun tiene el Estado para incidir sobre ello y evitar el impacto profundamente negativo y desafilatorio que estos procesos surten en las trayectorias vitales de miles de jóvenes en nuestro país.